SEGURA DE LA SIERRA Y LA GESTA DE «LOS SIETE INFANTES DE LARA»

Genaro Navarro

PARA quien desde hace tiempo entretiene sus ocios tratando de iluminar la confusa historia de Segura de la Sierra, es un hallazgo comprobar cómo ella se entrecruza, a través de la tradición y la leyenda, con la inmortal tragedia de «Los siete Infantes de Lara», calificada como «sombría epopeya de la venganza» por don Marcelino Menéndez y Pelayo, y que constituye también, en opinión del mismo, la gesta más grandiosa, inspirada y trágica del Romancero.

Este cantar, en el que no es posible separar lo histórico de lo legendario, incorporado a la Crónica General de Alfonso el Sabio, ha inspirado a lo largo de los siglos a infinidad de escritores y poetas, entre ellos, al duque de Rivas, en su célebre romance «El moro Expósito», del que se ha escrito «que es el mayor poema épico de la edad moderna, que entronca con la "Farsalia" del cordobés Lucano, y con el "Cantar del Mío Cid"». Don Ramón Menéndez Pidal, con su habitual profundidad, estudió también el tema en su libro «La leyenda de los Infantes de Lara», y en lo que al teatro atañe, el sevillano Juan de la Cueva compuso, con no muy buena fortuna, un drama representado en 1579; pero hubo de ser el genio de Lope de Vega quien elevara el drama a las más altas cimas del arte, acercándose a la tragedia griega en escenas que firmara Shakespeare, y en «verso que aparece estremecido de afecto, dolorido, acusador». Pulido a buril, según el juicio de Juan Germán Schröeder, en su magnífica adaptación, estrenada con notable éxito en el Teatro Español, de Madrid, el año 1966.

En fin, esta grandiosa gesta se entrecruza con la ilustre historia de Segura de la Sierra, y como se sabe, es el relato sangriento de la muerte por los moros, de los siete infantes de Lara, hijos de Gonzalo Gustioz, en una traición preparada por Rui Velázquez, inducido por el odio de su esposa doña Lambra. Rui Velázquez, para satisfacer la cólera de su mujer, porque en sus bodas, Gonzalo, el menor de los infantes, dio muerte por una ofensa a Alvar Sánchez, primo de doña Lambra. Con engaño, envió a Gustioz a Córdoba, donde quedó prisionero de Almanzor, y también con engaño sacó a sus sobrinos, los infantes, en una cabalgada fronteriza, entregándolos a los moros para que los matasen, después de lo cual, presentaron al prisionero Gustioz las cabezas de sus siete hijos. Años más tarde, Mudarra González, hijo de Gustioz, que lo había tenido durante su cautiverio con Arlaja, hermana de Almanzor y, por tanto, hermano bastardo de los infantes, tomó cumplida venganza, dando muerte a Rui Velázquez.

Esta inmortal leyenda, remontando los siglos y en lo que a Segura atañe, perdura a través de la tradición oral.

Luis Bello, aquel gran escritor que peregrinó por las escuelas de España, hace ya más de cuarenta años, de ello da testimonio en los siguientes términos: «...El mismo espolique que ha estado aquí de chico, me da la versión confusa de la leyenda de Mudarra, sin conservar su nombre. Yo la había leído en la relación de Sigura, tal como se la enviaron al Rey Felipe II en 1575. Aquí, estaba Mudarra jugando a las damas con el Rey moro de Sigura, porque Sigura ella sola era reino, y como el infiel le llamara hijo de ninguno, lo mató dándole con el tablero en la cabeza, y luego salió a tomar venganza por los siete Infantes de Lara».

Nosotros hemos consultado las Relaciones, que narran así el episodio:

«El sobrino del rey de Córdoba, que era hijo del padre de los siete Infantes de Lara, que lo había habido en una hermana del rey de Córdoba estando cautivo, estando jugando a las tablas en la dicha

ciudad con el rey moro de Sigura, el rey le dijo El Mudarra, hijo de ninguno, e por esto con el tablero le dió en la cabeza de que murió y el Mudarra fué luego a su madre y le puso la espada a los pechos diciéndole que si no le decía quien era su padre, que la habia de matar, y su madre le respondió que su padre era el padre de los siete Infantes de Lara, que estando cautivo se había hecho en cinta de él. Y el rey de Córdoba le dió trescientos cautivos a caballo y con esto se salió de Córdoba y fué a Sala de Bureba, que era heredad del dicho Gonzalo Bustos de Lara, que así se llamaba el padre de los siete Infantes de Lara, y allí le recibieron él y D.ª Sancha su mujer, la cual le metió por una manga de la suya y le sacó por otra manga, con que mostró hacerle por legítimo. Este vengó la muerte de los siete Infantes de Lara, bautizáronlo en Burgos y fué su padrino el Conde Fernán González.»

Lope de Vega, separándose de la Crónica General, que reza: «...fizolo el rey Almanzor cavallero, que lo amava por que era su sobrino», presenta a Mudarra como habiendo crecido en la creencia de que Almanzor era su padre. El propio Menéndez Pidal —escribe Schröeder, en reciente adaptación del drama— opina que Lope «comienza alterando malamente el episodio del rey de Sigura, pues supone que Mudarra, que se cree hijo de Almanzor, juega con éste al ajedrez y de consiguiente, al oírse llamar por él, bastardo, ni le mata ni le hiere, sino que se contenta con preguntárselo a su madre». En las Crónicas, Mudarra hiere al rey de Sigura con el tablero, por no tener otra arma a mano.

Por ello, el adaptador, buscando una explicación más razonable del pasaje y más en armonía con el poema, acepta de Lope «que Mudarra juegue al ajedrez con Almanzor, para evitar un nuevo personaje, pero creyéndose hijo de un fallecido rey de Sigura, siendo más lógico que como hijo de rey y sobrino de Almanzor, éste le tutelase». Y lo hace así:

Almanzor.

¡Bárbaro extraño
de nuestra sangre y nobleza!

Mudarra.

¿No era mi padre
el Rey de Segura?

O en estos otros versos, con los que contesta Mudarra a su padre, cuando éste le pregunta el por qué de haber tardado tantos años en venir a tierra de Castilla:

Porque le engañó la fama
de que fué su padre el
Rey de Segura.....

Pero esta vez tampoco es afortunada, porque lo que dice la gesta es que el rey le llamó bastardo, y él lo mató con el tablero, y no es comprensible esta conducta de haberse tenido por hijo del rey de Segura.

Sea de ello lo que quiera, lo evidente es que uno de los episodios de esa tragedia de sangre y horror, como la calificó Díaz Plaja, se sitúa en Segura de la Sierra, y dejar constancia de ello, como una aportación más a la dispersa historia de la villa, es la finalidad perseguida por estos desaliñados renglones.